Dos jóvenes presentes habían charlado sobre historias de amor mezclando incidentes trágicos con rivales, en los que aparecían como personajes de drama. El que había callado. Gabriel, el de carácter enigmático, gustador de los cuentos terribles, habló luego.

-Felices vosotros - dijo- que habéis tenido al frente vuestro rival en un ser de carne y hueso al cual pudieron disputar, espada o pistola en mano, la mujer amada. Pero qué desgraciado aquél que siente en todas partes la presencia invisible de un rival odiado que lo persigue, envenena sus alegrías, le roba sus amores y al que no puede derribar con su brazo o aplastar con un pie.

-¿Es que existen rivales invisibles? - dijeron los otros sonriendo irónicamente.

-Oídmeme- respondió, y no dudéis; me atormentarías. No he soñado, no soy un loco; he visto lo que voy a contaros con estos ojos que ahora se fijan en vosotros.

...Tenía yo dieciocho años, y aunque de esa edad a mis treinta de hoy la distancia no es enorme, existe entre mi físico de aquella época y el actual diferencia imponderable. Era yo de rostro lozano, ni leía entonces los cuentos de Poe, ni amaba a Baudelaire, ni llevaba entre mis cejas este gran surco que llevo hoy lleno de sombra y era risueño, de otra risa, de niño santo y harto.... Floreció a mi lado una niña, mi pariente lejana, recogida por mi padre y puesta junto a mí como para iniciarme en el culto de la belleza. Porque era bella como una ficción de pintor, y después de verla largo tiempo, era imposible amar otra cosa que fuese semejante a ella, las rosas, las nubes, los naranjos floridos. ¡Cómo la quise! ¡Cómo fue sencillo y espontáneo nuestro amor que nadie combatió, ni acibararan celos, ni ausencia ni desvío. Vosotros no creéis en amores así, que no necesitan del acicate del imposible, que van hacia la dicha por un ancho y fácil sendero. Son serenos y profundos, no tienen la bullanguería de los arroyuelos que van sobre los guijarros: son hondos ríos de sosegada corriente. Era su belleza de una gracilidad floral. Tenía esa palidez que hasta hoy es para mí atributo ineludible de belleza. Para mí son odiosas esas mujeres de formas exuberantes y de mejillas rojas. Yo no amo esa expresión de vida desbordada y pasional. Era fina como una joya modernísima en la que el metal mismo parece frágil. Su carne tenía la transparencia y delicadeza del cristal. Tal vez su mal era el resultado de su organismo. Estaba condenada por la naturaleza a morir por una impresión fuerte: como una copa de paredes sutilísimas, bajo un golpe rudo, así, así.

...Los recuerdo bien. Era una de esas tardes incomparables del terruño.

Primavera. Ambiente cargado de olores y mirado desde arriba, el valle era un gran manto salpicado de manchas de color rosa, blanco, amarillo dorado. Habíamos salido a nuestra excursión diaria. Después de un galopar de horas enteras por la carretera limpia y amplia, ella me propuso que siguiéramos por la ribera del río que tenía un camino menos frecuentado pero más fresco, abierto entre los arrayanes. Le acepté y cambiamos el rumbo. ¡El presagio! Mentira: no existe. Nunca iba yo más tranquilo que aquella tarde. Era una hora dulcísima. Todo parecía sonreír apaciblemente, dormido bajo el cielo pálido: el alma con el río sereno y con los juncos pensativos. Iba yo de la orilla del río. Ella a mi lado, los caballos fatigados caminaban al paso como si el anhelo de paz de las

cosas les hablase. La franja de terreno que girábamos estaba seca. Ningún indicio de peligro cercano.

...Al llegar a una parte más angosta del sendero, la hice pasar adelante. Yo la seguía cuando el caballo dobló las patas delanteras y se hundió hasta enterrarse por completo. Yo me sepulté con él en la hendidura enorme y me sentí caer al agua. El río, insensiblemente, había tenido que hundirse con un gran tablón de tierra de todo el ancho del camino. Arrojé lo que cayera sobre mis espaldas, me incorporé y salí del río. En aquella parte no tenía profundidad. Miré desesperado hacia el contorno creyendo ver a mi compañera caída también en el agua. Como me precediera, se había librado, pero estaba más allá, en tierra, desmayada al parecer. Corrí hacia ella. ¡Dios mío, lo que mis ojos vieron! Pálida como jamás la vi, hallábase de espaldas, inerte, fría, ¡muerta! La impresión fue brutal no podía haber hecho otra cosa. La expresión del espanto persistía en su rostro y la boca se crispaba en un gesto de supremo dolor. Mis gritos ensordecedores rasgaron el silencio del valle, y el río acalló su murmullo, y los arrayanes parecieron sacudirse de terror haciendo caer sus flores pequeñas...

Fue así como perdí mi primer amor.

Y pasó el tiempo. Mis labios bebieron en las aguas de Leteo. Y olvidé este primer florecimiento de mi corazón.

Terminados mis estudios en provincia, fui a la capital a iniciar mi carrera. Viví contento. Tenía fortuna y tuve amigos. Entre éstos intimé profundamente con uno, mi compañero de estudios, ese Ricardo Levi, con el cual me une hasta hoy una estrecha amistad. Me llevó a su casa y, sin saberlo, puso ante mi corazón un segundo prodigio de belleza para resurgir de un nuevo amor. Era su hermana de veintidós años, cuerpo esbeltísimo, rostro aristocrático, enfermiza. ¡Tenía también la palidez que yo adoro. La amé. Ése fue amor de juventud, y me hizo conocer que había sido el otro amor de niño. Amor lleno de encantos, absorbió mi vida toda; viví para él y por él.

Cuando ya el idilio era antiguo, Roberto me dijo un día: “He de aconsejarte, aunque no es oportuno tal vez el consejo. Cuando tú te cases (si lo llegas a hacer, aún fuera mejor no lo pensarás nunca) hazlo con una mujer de más edad que tú, sana de cuerpo y de espíritu, una de esas mujeres fuertes. Ella te apoyará a ti, no tú a ella. Porqué, ¿sabes?, yo veo en ti los gérmenes de un mal terrible que viene. Eres sensible como una mujer de las que más, tienes exquisiteces más fatales de sentimiento. Por eso te he apartado de ciertas lecturas y ciertos amigos, y basta de aquellas mujeres en las cuales un cultivo intelectual exagerado ha hecho pobres degenerados. Tú necesitas el contacto perenne de una vida lozana y vigorosa que te comunique su savia prolífica y te inocule energías. Roberto, tu no querrás casarte con una mujer como Lidia (era su nombre), temperamento extraño en el que veo iguales síntomas que en ti. Se te parece como una hermana. Yo no sé cómo hemos podido nacer de un tronco común dos ramas tan desiguales: yo la de un roble; ella la de una yerbecilla temblona”.

Palidecía oyéndole; pero sonreí cuando terminó, para alejar sus temores. No me entristeció el relato como un indicio adverso: estaba seguro del cariño de mi amigo y sus teorías no habían de llegar a negarme la felicidad en la blanca figura de su hermana.

A llegar las vacaciones tuve que volver al terruño. Mis viejos me llamaban. Nuestra despedida fue tierna. Nos escribiríamos y nuestro secreto seguiría siéndolo hasta mi vuelta. Saborearíamos en la correspondencia de los meses la delicia de lo furtivo, que

habíamos gozado hasta entonces y que acabaría pronto. ¡Me amaba. Bien lo vi en ese adiós! Sus brazos, sus palabras, tenían el tibio perfume de un amor ardiente y puro: sus ojos lo decían elocuente. ¡me amaba!

Tras cuatro o cinco hermosas cartas, Lidia dejó de escribir. Pensé en que el secreto había sido descubierto y juzgaba con severidad mi reserva, originando el silencio por estas causas. Esperé. También Roberto había dejado de escribirme y confirmaba así mis temores. Ideé un motivo cualquiera para ir a la capital por diez días, y ya me preparaba para el viaje cuando me llegó mensajero del segundo fracaso de mis sueños, una carta enlutada de mi compañero. Una indisposición leve primero, agravada después, acaba de llevársela... En sus últimos días, decía Roberto, ella me contó la historia oculta de vuestros amores, ¡vieras con qué vehemencia! Su rostro se coloreaba haciéndola más hermosa y con su vocecilla débil, que languidecía más y más, me hablaba de tus promesas y de las tuyas, de vuestros diálogos. He aquí el término de un idilio gemelo al que ya me contarás. “Amigo, no ames más”.

Esta última frase se me grabó por mucho tiempo y fue mi obsesión: “No ames más!” Me parecía un reproche amargo del hermano, que me culpaba de aquella muerte. Y lo justificaba. Me vi maldito, me sentí fatal a los seres que me querían. Y la lloré largamente, no va con el dolor más de hermano que tuve para la otra, lloraba en mí ahora el hombre a la mujer perdida que se iba sin haber cumplido su promesa de felicidad.

¡La muerte! Fue mi fantasma; la veía cerca de los míos, sarcástica y horrible, haciendo el vacío a mi alrededor, con la guadaña alzada sobre esas existencias jóvenes-almendras florecidas- que rodaron a su golpe. Empezó mi mal, aquel de que hablaba Roberto, el mal incomparable de tener el alma atormentada dentro de esta carne llena de mezquindades, a la cual no cede el solio. ¡Oh, mi mal de hoy! La sensación inmensa hasta ser fuentes de dolores; la inteligencia envenenadora de toda felicidad; las cuerdas del alma tensas y sensibles, tanto que un soplo inadvertible, un hálito humano puede hacer vibrar.

Dejé trunca mi carrera, me hicieron viajar los médicos. Por cinco años erré por Europa, París, la ciudad enloquecida: Roma, la austera y caduca; Viena... ¡cuántas capitales más! Pensé después: ¿Por qué buscar los grandes centros? Su avalancha humana me tortura. Los pueblos humildes, éstos sí, las aldeas recostadas en una playa, jugando con las olas, o los caseríos blancos como una floración, surgiendo de la sierra oculta en alguna región selvática.

Fue en una aldea de pescadores, en la costa del mar Tirreno. En una posada sucia y de última clase tuve el capricho de transformar un cuarto, de maloliente y oscuro, en oloroso y claro. Muchas plantas en las ventanas, paso libre al sol, a la vida, como yo decía.

A dos leguas de la aldea había un balneario de segundo orden, pero concurrido. Cuando en las mañanas yo hacía mis largas caminatas por la playa, solía encontrar a los bañistas e hice amistad con algunos. Fue así como había de conocer a mi tercera víctima.

Cual yo lo hacía, ella se había alejado caminando por la orilla del mar hasta llegar a nuestra aldea, que nunca había visto. Un niño pequeño lo acompañaba y fue quien nos dio motivo para hablarnos. El fuerte viento del mar había hecho volar su sombrerillo blanco, tras el cual corrió sin alcanzarlo. Más ligero que él, yo logré cogerlo, se lo coloqué acariciando su cabeza rubia y, de la mano, como amigos ya, volvimos a la roca

donde la joven aguardaba inquieta al compañero. Charlamos. Me expresó su extrañeza por el lugar elegido por mí para veranear. Le expresé la mía al verla con tan pequeño compañero, pudiendo tenerlo más grande y útil. La acompañe de vuelta al balneario. No era por cierto el tipo de mujer que, según la opinión de Roberto, había de salvarme inoculándome energías. Era como las otras, de rostro triste, evocador de etapas dolorosas, y de cuerpo débil. Por eso me atrajo. Tendría unos veintiocho años y su faz estaba marchita. Historias trágicas contaban sus ojos negrísimos en su mirar cansado. ¿Quién sería? Nunca la interrogué sobre su pasado comprendiendo que volvía su alma hacia episodios angustiosos, dejando atrás, y que aún arrojaban sombras al presente. Y la amé sabiéndola infortunada.

¿Era pura? ¿Llevaba en sí recuerdos humillantes, infamias acaso toda una vida de vicio tal vez? Yo no sé por qué me fue indiferente esta vez como nunca el honor de la mujer amada. Quizás, como díjome un amigo algo psicólogo, no era amor el que yo tuve porque mi desequilibrio moral alejaba de mí ser el verdadero amor, que es privilegio del hombre fuerte y sano, y mi miseria física florecía tristemente en esa piedad que me hacía sufrir una como herida. Sin embargo, yo creía amarla, y en mi arranque no sé si de locura o de grandeza moral, le pedí que fuera mi esposa, sintiendo el anhelo de protegerla y de robarla del infortunio de la muerte. ¡Cosa extraña! Esa mujer era enferma y triste en tal grado que junto a ella yo sentía la sensación de fuerza en mí y me creía pletórico de vida. Mi demanda le arrancó lágrimas. “Loco- me dijo- ¿es que sabéis quién soy?” No lo sé y quiero ignorarlo, le respondí, y sellé sus labios con mi mano, como si temblara ante una revelación terrible. Calló y, perdida la mirada en el confín del cielo, me habló larga, pausadamente de la vida, del dolor, de la miseria. Yo la escuchaba en religioso silencio y me sentía morir de emoción y de ternura. Ante la mar inmensa y solitaria, lloré con su corazón llagado por las manos de la vida, lloraba como un niño que ve llorar a su madre.

Como dos hermanos vagábamos las tardes enteras por la playa, cogidos de la mano. Sentía yo un ansia viva que se hacía un delirio por volverla alegre y robusta. Esas brisas marinas confortantes me parecía que harían el milagro en sus pobres pulmones; clamaba a la naturaleza pidiéndole le comunicara por mágicos conductos su vitalidad. Jamás un hombre ha amado a una mujer con menor egoísmo. Quería verla siempre de formas delicadas, pero sana; pálida siempre, pero sin esa palidez terrosa que me daba miedo a veces; sin ese languidecer de cuerpo fatigado que desciende a la sombra insensiblemente.

El ejercicio físico a que la obligaba era enorme. Por mí hacía locuras. Las caminatas por la arena húmeda con los pies descalzos solían prolongarse hasta tarde. Así pasó aquel día aciago. Era ya noche cuando volvimos al balneario. Al vernos, el viejo doctor, su médico, me dijo: “¿Pero qué hace, usted, amigo? ¿Es que se ha trastornado?” Ella me defendió culpándose a sí misma, mientras estrechaba furtivamente una de mis manos. La sentí ardiente y temí por la fiebre. ¡Pobre miavecilla pequeña! Fue aquélla la última tarde que nos vio juntos. Una fiebre intensa se apoderó de ella. La noche fue de delirio para la enferma y de angustia para mí. El sol me encontró al otro día insomne y desesperado.

Díjome el médico con su franqueza brutal: “En vano, mi amigo, se muere; es por hacerla vivir que la ha matado”. No llegó la noche; se fue con las últimas horas del día, ella que era un fulgor pálido y efímero. Durante aquel último tiempo yo había olvidado

mi obsesión de la muerte. Ahora ella apareció, ya para no abandonarme, enloquecedora, atroz como hasta hoy. Era la muerte mi rival tres veces. Era ella la que arrancaba de mis brazos el ídolo postrero. Aquello no era ya obra de la casualidad, era un odio de la Gran Invisible, el cual alcanzaba a mis seres queridos: me hería en ellos mucho peor que si me hiriera a mí mismo.

Y aquí viene el suceso inaudito.

Velábamos a la muerta amada tres jóvenes veraneantes, sus amigos, la propietaria del balneario y yo. Ardían los cirios iluminando la cámara mortuoria con esa luz que no se confunde con ninguna otra. El incienso hacía pesada la atmósfera. Su rostro de blancura inmaculada semejaba dormir; había en él placidez dulce de niño que duerme con su juguete en la mano. Había desaparecido el sello de amargura que siempre llevaba. Mis amigos salieron un momento, dejándome solo. Entonces alcé el paño que la cubría para verla bien. Caía sobre el pecho el medallón que guardaba mi retrato, y el anillo que, conforme a mis deseos se había dejado en su mano... Me arrodillé junto a ella como un loco y sollocé sobre su traje níveo maldiciendo al destino, temblando todo mi cuerpo febricitante. Las sombras parecieron hacerse más densas en los ángulos del aposento y avanzar hacia el centro, e hízose el silencio más profundo, dejaron de chisporrotear los cirios, el viento calló en el gran árbol del patio. Miraba yo temblando a mi alrededor y entonces vi condensarse las sombras junto al catafalco y tomar una forma alta y delgadísima, borrosa al principio, pero que fue diseñando poco a poco sus contornos. Formóse primero una cabeza redondeada y desnuda, luego dos brazos larguísimos y enjutos: hacia abajo un sayal uniforme y negro y el espectro se inclinó lentamente sobre la muerta: vi su sombra en el rostro de ella y deslizó uno de sus brazos bajo el cuello, levantando levemente el cadáver, como si fuera a hacer descansar en él la cabeza de mi amada. Luego con este brazo alzó la mano que llevaba el anillo y lo arrancó violentamente. Al caer, el dorso conservaba la huella de la opresión. Y con el otro buscó en el pecho el medallón. Sentí el trizarse del vidrio y el rodar del anillo que llegó hasta un rincón, en el mismo momento. Los pedazos del cristal se deslizaron sobre el sudario y cayeron a un lado. Hecho esto el fantasma fue borrándose hasta obscurecer el aposento. Yo rodé desvanecido. No recuerdo más.

Mis amigos me han dicho que me recogieron y me sacaron del cuarto para encajonar el cuerpo, y que les extrañó el advertir que el anillo no iba en el dedo de ella, como la habían visto antes, yendo además el medallón despedazado. Y como veían mi estado de excitación creyeron en un arranque de locura en el cual yo hubiera hecho las dos cosas. Encontróse después el anillo en un ángulo de la pieza y yo pude recoger dos pedazos pequeñísimos del vidrio del medallón.

Amigos, no sonriáis. No estoy loco. Yo lo he visto todo con estos ojos que os miran a vosotros. Creedlo: tengo un rival terrible que arranca de entre mis brazos a las mujeres: es la Muerte. ¡Ay! ya mi alma no se parará delante de otra en demanda de amor: sería criminal sabiéndome maldito ¡La celosa! No admitió que esa mujer se fuera al sepulcro con aquellas dos prendas mías, al sepulcro donde celebran con ellas sus nupcias repulsivas, y arrancó ahí mismo en mi presencia, una, y le hizo trizas la otra. Amigos os lo juro, soy un hombre que lleva sobre sí el más extraño destino. Felices vosotros que en un rival humano al frente ponéis vuestra dicha. Yo no puedo gozarme en su agonía: mi odio no alcanza contra un rival invisible.

Al terminar, su rostro estaba desfigurado. Sus grandes ojos abiertos miraban hacia la parte oscura de la sala como si ella se poblase de visiones.

Gabriela Mistraly

NOTA: Este cuento digno de Poe fue publicado en El Mercurio el 1 de octubre de 1911.

El 1 de Octubre de 1911 *El Mercurio*, publicó un cuento con el título “El Rival”. Por primera vez en una publicación aparece su pseudónimo en la forma de GABRIELA MISTRALY (con “y” final). GABRIELA MISTRAL. Recogido en el libro póstumo de Mario Bahamonde: *Gabriela Mistral en Antogafasta: años de forja y valentía*. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1980. Páginas 116-127.